



Versaciones de un chupaplumas

Resultó ser mudo



sin, a mi juicio, ninguna necesidad habida cuenta de que el meollo de la cuestión que me llevó aquella tarde a aquella casa estaba a años luz de tener nada, absolutamente nada que ver con la mudez de ningún anciano venerable cuya única misión en mi mundo consistía en enseñarme a hacer barcos, o aviones, o pajaritas de papel.

Pero lo era.

Lo era y yo no iba a poder, ya en mi despacho del ministerio a la mañana siguiente y por más que buscara entre las explicaciones, dar con la satisfactoria que me eximiera de toda la responsabilidad de que deseaba, con ardor, verme liberado.

Intente si sobre la marcha¹— y con mi mente y mi voluntad divididas entre un segundo ensayo del cielo y el infierno que quería enderezar a toda costa y el deseo de sentirme inocente — convencerme de que no había habido, en ningún caso y por mi parte, negligencia ni imprevisión ni arrebató; y decirme a mí mismo que semejante peculiaridad del señor Ramírez podía muy bien estar obedeciendo a uno de esos llamados por las gentes piadosas “designios del Altísimo**” ...**

— O a algún error de la naturaleza — le explico — que lo creó ya en el vientre mismo de su madre con la malformación que lo incapacitase para el habla ¿Comprendes?

—Pero tú sabías, en el fondo de tu corazón — replica, en tono que se me antoja cruel, duro, despiadado — que aquella característica que hacía al señor Ramírez

¹ Le confié a mi amigo paseando, por el Retiro, una tarde que nos vimos porque — recuerdo — le telefoneé angustiado y confuso diciendo *necesito verte, tienes que ayudarme* y él respondió con un lacónico *no sé si podré*.

— ¿Y mañana? — pregunté.

— Me parece que tampoco — respondió.

Así que, concluyó, para qué dar largas.

Y que nos veíamos esa misma tarde si es lo que yo quería.

tan distinto del común de los mortales era obra sola y exclusivamente tuya; y que por más que hurgaras y revolviesses entre las explicaciones posibles² no encontrarías ninguna que te dejase contento y con la conciencia tranquila.

– ¡Hay que fastidiarse! — Me duelo, aunque nada más sobre el papel porque, allí, sobre la marcha, sé que fui bastante más espontáneo y que lo que dije fue *joderse* — ¡Para darme esos ánimos no valía la pena que accedieses a ayudarme!

– Accedí — *no trates de confundirme ni liarme*, protesta — a cancelar una cita muy importante; pero ayudarte ya te advertí que no podría.

– ¿Cómo no vas a poder? Lo has hecho cientos de veces.

– ¿Ayudarte?

– No; ayudarme, no...

– ¡Así que ahora va a resultar que en tantos años de amistad no he hecho nunca, jamás, nada por ti!

– Tampoco he dicho eso. No seas cínico.

– ¿Cínico yo? — Y me mira con los ojos muy abiertos, muy brillantes.

– Si: tú. Un cínico que tergiversa mis palabras, y las manipula, y las...

– Ah — su mirada, radiante por un momento, se ensombrece —: uno de esos cínicos...

– Uno de esos, sí; ¿a qué viene si no ese tu hacerte el tonto; ese no querer darme una pauta, una pista de su porqué?

– Bueno — se encoge de hombros, resignado —, creo que se trata de una actitud, una forma de entender y de encarar la vida...

² — Esas que todos estamos seguros de tener guardadas — dice, extendiéndose en unas consideraciones seudofilosóficas que maldita la falta que me estaban haciendo — por si se presenta un por si acaso que luego, a la hora de la verdad, hay que reconocerlo, si comparece es a deshora o fuera de contexto.

Resultó ser mudo

– ¿Ves como sí que puedes? – le interrumpo – ¿Te das cuenta de cómo sí puedes ayudarme si quieres?

– ¡Pero si mis nociones de filosofía son muy vagas!

– Puede – admito –, pero aun así los has sabido encarar. Yo, en cambio...

– ¿Encararlos?

– Afrontarlos, seguirles la pista...

– Soy bastante menos intelectual de lo que tú imaginas; apenas tengo una remota idea de que tienen algo que ver, y de manera creo un tanto indirecta, con Sócrates.

– ¿Con Sócrates?

– Con uno de sus discípulos. Un tal Antístenes, me parece; pero no vayas a hacerme mucho caso.

– Pues me dejas de una pieza.

– Pero así son las cosas – alza los hombros y vuelve a dejarlos caer, con gesto de abatimiento – ¿Qué te creías?

– No; nada en concreto. Pero supuse que... tal vez como miraban la televisión; y aquel repartidor de pizzas... ¿Te acuerdas?

– ¿Televisión y pizzas en el siglo cuarto antes de Cristo?

– ¡Pues por eso! Parecían tan de ahora mismo, con su bufanda, aquella señora; y la otra, la del abanico. Y aquel individuo, Anselmo, con su móvil...

– Oye... ¿Estamos – *a ver si es que estoy yo*, dice, *que hoy no me centro o algo* – hablando, los dos, de los cínicos?

– Pues estaremos... ¡yo qué sé!

– ¿Cómo que tú qué sabes?

– Como que qué sé yo... ¿Qué quieres que te diga?

Además: la idea fue tuya...

– ¿Mía la idea estúpida de que tú me telefonaras?

– No – le digo –; esa, no.

– ¿Mía la de que tu estuvieras confuso y angustiado?

- Esa tampoco.
- ¿Mía la de cancelar una cita con la que estaba tan ilusionado?
- ¿Una cita; de veras?
- Sí - me mira con hostilidad, como si me estuviese echando en cara algo -: una cita.
- Con algún editor - digo, sin querer echar demasiada cuenta de su enfado -, imagino... ¿Es que van por fin a publicarte algo?
- Búrlate, encima, cuando sabes que ya no quiero nada..., que no tengo ya nada que ver con esas cosas.
- ¡“Nada que ver”!
- Pues claro que nada. Además delegué en ti, ¿o es que vas a echarte atrás?
- No, hombre; si una cierta ilusión, así, como experiencia en la que no pensé jamás, sí que me hace. Pero sólo seré, y lo sé, siempre un aficionado. El escritor, el verdadero, con mayúsculas, lo serás siempre tú.
- Adúlame - pero sonrío - después de haberme fastidiado la tarde.
- Anda - le digo, y le indico con un gesto un chiringuito cercano -, cuéntamelo.
- Bueno... - y me parece, así, de repente, algo azorado -; no hay mucho que contar. Acabo, como quien dice, de conocerla...
- ¿Me vas a decir que se trata de una mujer?
- Sí, pero... como ya lo has dicho tú.
- Pues sí que me dejas sorprendido. Pensé que ya serías siempre uno de esos solterones de colmillo retorcido, igual que yo; y ahora resulta que... ¡Vaya, vaya, vaya, vaya!

Y pasamos el resto de la tarde sentados, en una terraza, mirando el estanque con sus barcas y a las parejas que pasean haciéndose cucamonas y carantoñas, hablando de la chica; y de que es joven y no una beldad pero sí atractiva, con bastante encanto, si la relación prospera y seguimos adelante ya la conocerás; y de sus miedos porque, dice, las personas dan muchas sorpresas

unas veces para bien y otras muchas para mal *y no habría que descartar la posibilidad* – considera, caviloso – *de que yo esté a lo mejor idealizándola* y que luego, cuando se conozcan más a fondo pues...

– Pero, en fin – dice, tomando el último sorbo de cerveza y poniéndose de pie –: tiempo al tiempo.

Y que para qué adelantar acontecimientos.

Le contesto que sí, que tiene razón; pero que estar entusiasmado, como él lo está, ya es algo... *bonito* – digo, porque no se me ocurre algo más *qué sé yo* – que, aunque no sé si lo afirmo muy convencido, *me gustaría que también a mi me pasase.*

Ya nos estamos despidiendo, en la puerta del Retiro, cuando dice *oye...*

– Oye, por cierto, ¿para qué querías verme?

– Cómo se nota – bromeo – que andas enamoriscado... ¿No te he dicho que tengo... tenía problemillas con aquel señor mudo?

– ¿Mudo?

– Sí; el padre de Ramírez. Y no sé si he hecho bien o va a complicarme la vida...

– ¿Y por qué iba a complicártela, el pobre señor?

– No, si bien me cae; parece buena persona, pero que...

– ¿Qué?

– Pues que es un mudo terriblemente hablador y hemos, *he*, bueno, tenido que echar mano del nieto, un chico de diez años, muy espabilado, para que me vaya traduciendo lo que dice el abuelo por señas y, yo, pues...

– ¡Pues si tienes quien te traduzca lo que dice déjalo que hable todo lo que quiera! ¿A ti qué más te da?

– No; no es eso lo que me preocupa. Lo que me tiene un poco en un sin vivir es que yo, con los niños, así, en general, he tratado muy poco, y no sé si me voy a saber desenvolver...

El dice entonces *ah*.

***Ah* y que pues entonces le importa menos que hayamos desperdiciado la tarde hablando de esto y de lo**

otro porque, si era de niños, él tampoco está muy puesto y, si alguna vez se le pasaron por la cabeza — que tal vez se le pasaran porque parece que conserva, remota, desdibujada, una vaga idea de la que *a lo mejor hice, aunque no estoy seguro, un apunte marginal* — tiene la sensación de que no los llevo a lo que se llama propiamente plasmar...

– Así que — concluye — ahora sí que estoy plenamente seguro de que no te habría podido ayudar.

Y se aleja, tan contento y silbando dejándome no sé si sumido en un mar de confusiones o perdido entre cerros de periódicos atrasados y papeles de estraza de diferentes tamaños porque, explica la señora de Ramírez madre, “me tengo que ir a veces lejísimos, a tiendas de ultramarinos de las de antes” y comprar bacalao, por ejemplo, “aunque usted no se acordará porque es muy joven”, porque como tiene — dice ella — *tanto cuerpo, para algunas construcciones de capricho es el que más le gusta.*

Y que el bacalao, como tanto si era al ajo arriero como rebozado — aunque ese, a *mi nuera* dijo, *no crea usted que le sale muy bien* —, a los niños y... *bueno, a los demás también pero sobre todo su padre mi hijo les gustaba mucho, pues... todos tan contentos*ⁱ

ⁱ O relativamente *por lo menos*, agregó dando un profundo suspiro y rascándose, pensativa y sin mirar, un granillo en el antebrazo *aunque yo, si quiere que le diga la verdad*, confesó, *el asunto del pingüino y tanta ilusión como el pobre ha tenido siempre con...* Pero que mejor no hablar de eso porque para qué *entrístecerlo a usted con nuestras cuítas*, cuando usted mismo ya tendrá las *suyas propias* y el tema tenía, no queda más remedio que aceptarlo por mucho que nos duela a todos, muy difícil solución.